

SCHLIEBEN-LANGE, Brigitte (1983): *Traditionen des Sprechens. Elemente einer pragmatischen Sprachgeschichtsschreibung*. Stuttgart: Kohlhammer.

ARACELI LÓPEZ SERENA  
*Universidad de Extremadura*

BERGUA CAVERO, JORGE. *Los helenismos del español*. Madrid: Gredos, 2004, 295 págs.

Nos encontramos ante un libro de gran originalidad por tratarse de la primera aportación que, con un enfoque global, con notable amplitud y de forma sistematizada, aborda el estudio de los helenismos españoles. Resulta sorprendente que, pese a ser el griego la segunda lengua de la que se nutre nuestro idioma, sea el de Bergua el primer trabajo de tales características que se acomete en este campo de la historia del español. Aunque el autor acota la tarea (no se estudian los nombres propios ni tampoco los helenismos sintácticos y semánticos), se trata de una obra muy ambiciosa, para cuya elaboración ha debido superar, además, dos escollos considerables: la escasez de estudios monográficos previos sobre los distintos aspectos tratados y la ausencia de fuentes fiables sobre los helenismos del español.

En cuanto a los primeros, solo se dispone de la excelente contribución de Fernández Galiano en la *Enciclopedia Lingüística Hispánica* (1967) –con todo, no llega a la treintena de páginas– y de ciertas aportaciones de Adrados y Lapesa. Por lo que respecta a las fuentes, como señala el propio Bergua en la *Introducción*, la ausencia de un diccionario histórico del español al estilo del *OED*, unido a la escasa atención que el *DCECH* presta a los cultismos griegos, dificultan en gran medida la tarea. Sin embargo, creemos que en cierta manera podría haberse paliado –que no solucionado– este problema con el uso del CD-ROM de la 22.<sup>a</sup> edición del *DRAE* (2001); volveremos sobre este punto al final.

El libro se divide en cinco partes, cada una de ellas con numerosos subapartados, lo que facilita tanto la lectura continuada como las consultas esporádicas. En la primera parte (*Grafemática: algunas relaciones entre el sistema gráfico del griego antiguo y el del español actual*, pp. 21-35), se estudia la influencia del griego –a través, eso sí, del alfabeto y los usos latinos– en ciertos problemas gráficos del español, atendiendo en concreto a los grafemas {x}, {z}, {y}, {k} y {h} y al dígrafo {ch} (resulta curiosa la solución dispar de *archivo* y *arquitecto*, ambos provenientes de la raíz  $\alpha\rho\chi$ ). Se aborda también en este breve apartado la representación gráfica de ciertos aspectos supra-segmentales de origen griego, como las tildes y los signos de puntuación, que, empleados desde el siglo III a. C. en griego –pero ignorados por el

latín-, se introdujeron en las lenguas europeas a partir del siglo xv.

La segunda parte (*Fonología: huellas del sistema fonológico del griego antiguo en el español*, pp. 36-56) comienza con un análisis sobre la ausencia en nuestra lengua de determinados fonemas griegos que, como las oclusivas aspiradas, fueron adoptados por el latín culto, pero desaparecieron en latín vulgar. Continúa el estudio con un novedoso apartado sobre fonotáctica, en el que se subraya el papel del griego en la restitución de grupos consonánticos cultos españoles y en el que se señalan otros aspectos interesantes, como la presencia de -x final en helenismos resultantes de transcripciones no muy afortunadas (como *tórax*, *clímax* o *Áyax*). Finaliza con una brevísima visión sobre la influencia de los helenismos en la prosodia española, donde se afirma que la abundancia de helenismos -y latinismos- esdrújulos ha servido para variar en cierta medida el panorama prosódico de nuestro idioma, tendente a voces llanas y agudas.

En la tercera parte (*Una clasificación de los helenismos españoles según sus vías de entrada y su forma fonética*, pp. 57-110), se agrupan los helenismos en atención a la lengua que sirvió de intermediaria en su llegada al español, lo que, en opinión de Bergua, condiciona su aspecto fonético. Se estudian en primer lugar los cultismos, y, a causa de la fidelidad gráfica que presentan, se detiene el autor a explicar los conceptos de transcripción y transliteración, las diferencias entre ambos y las normas que rigen cada uno. Por lo que respecta a la transliteración (p. 61), se han obviado casos como la iota suscrita, la ro inicial y la gamma nasal que, si bien se tratan después en el apartado de transcripción (pp. 65, 67 y 70, respectivamente), deberían aparecer también aquí. En cuanto a la transcripción, a pesar de lo detallado del estudio, también se ha deslizado algún error (en contra de lo que se afirma en la p. 65, sí hay casos en que se transcribe la iota suscrita, como se observa en las voces *tragedia* y *comedia*) y se detectan ciertas carencias (faltan en la η casos de itacismo -p. ej.: *efímero-*, y, aunque se ha tratado ya en la p. 47, convendría recordar, si se quiere en nota, los casos de *e* protética). Sin embargo, es todo un acierto el apartado dedicado a la convergencia de determinados elementos griegos, en el que se explica, por ejemplo, que el *ceno-* de *cenotafio*, *cenobio* y *cenozoico* procede, respectivamente, de κενός 'vacío', κοινός 'común' y καινός 'reciente', o se aclara que *policlínica* no guarda ninguna relación con el gr. πολύς 'mucho', sino con el gr. πόλις 'ciudad'.

Se describen después los principios de acentuación de los helenismos, y merece destacarse el apartado dedicado a las incongruencias acentuales (pp. 77-80), en especial en lo referente a la terminación griega -ία, que se presenta en español como -ía (*filología*) o -ia (*historia*). Posteriormente, se estudian los helenismos patrimoniales y los semicultismos, los helenismos tempranos en latín y los helenismos medievales no patrimoniales (arabismos, bizantinismos, italianismos y galicismos). Esta parte final resulta algo confusa, ya que no debe olvidarse que muchos bizantinismos son a

la vez arabismos o italianismos o galicismos, por lo que la clasificación –si ha de atender a la vía de entrada– debería realizarse mediante la división en grupos y subgrupos mejor delimitados. Por lo demás, es cuando menos sorprendente la inclusión del catalán y el occitano en el apartado de galicismos.

En la cuarta parte (*La adaptación de los helenismos a la morfología flexiva española*, pp. 111-127) no solo se detalla la manera en que las distintas clases de palabras han pasado al español, sino que también se apuntan las frecuencias de las voces de cada clase, lo que nos permite constatar que en los helenismos españoles contamos con una abrumadora presencia de sustantivos frente a la escasísima aparición de verbos o la casi nula de adverbios. Se insiste en la importancia que han tenido en este proceso de adaptación morfológica las lenguas intermediarias, en especial el francés. En cuanto a los casos descritos, resulta llamativo el paso a femeninos singulares de ciertos neutros plurales en -a, como sucede con *Biblia*, *crónica* y *anécdota*.

La quinta y última parte de la obra (*La aportación del griego antiguo a la formación de palabras en español: prefijos, sufijos, composición*, pp. 128-217) es con diferencia la más amplia –a ella le dedica el autor casi medio libro– y, a nuestro entender, la mejor trabajada, y presenta el aspecto novedoso de ser la primera exposición sistemática del asunto. Consiste, sobre todo, en un estudio pormenorizado de los prefijos, sufijos y elementos compositivos de origen griego que perviven (y viven) en español, si bien se analizan al final del capítulo otros procedimientos creativos, como los acortamientos, las amalgamas y los calcos.

Bergua trata con precisión y rigor la diferenciación entre elementos compositivos (que denomina *combinemas*) y afijos (en este caso, prefijos y sufijos), sin duda uno de los aspectos más controvertidos en este campo. Pasando por alto la imprecisa etimología de los prefijos del apartado 12.1.1 (el étimo del prefijo *para-* no es la preposición *παρά*, sino el prefijo *para-*, y lo mismo en los demás casos), hemos de señalar que nos encontramos ante un excelente estudio, del que pueden extraerse datos tan interesantes como el origen adjetival del sufijo *-itis* y su evolución semántica; el escaso uso inicial de *-ismo* y su reaparición progresiva a partir del s. XVI; la génesis y desarrollo del sufijo *-isa* (*pitonisa*) y de su variante romance *-esa* (*princesa*); la magnífica distinción entre el sufijo científico de origen griego *-ido* (*cánido*) y su homónimo de origen latino *-ido* (*cálido*); la errónea formación del combinema *-geno* y su valor anti-etimológico; etc.

Pero, además, los conocimientos de los que hace gala el autor en este campo invitan a reflexionar también sobre el grado de arbitrariedad con que en ocasiones opera el normativismo. De esta forma podemos encontrar formaciones aberrantes que se consideran habitualmente correctas –casos como *etéreo* y *elíseo*, que presentan el mismo cambio sufijal que el censurado *\*espúreo*; voces como *protésico*, *ahistórico* y *protohistoria* en lugar de

los grecizantes \**protético*, \**anistórico* y \**protistoria*; etc.— o, viceversa, formaciones correctas, con paralelos en griego, que han recibido críticas infundadas de sectores puristas —casos como el inglés *psychedelic* o formaciones con combinemas en -ma (y no -matos) como *semáforo*—.

Concluye este apartado con un interesante estudio sobre calcos de formación, en el que se aclara que una serie de latinismos de nuestro idioma son, en realidad, helenismos encubiertos. No le falta razón a Bergua cuando señala la poca atención que prestan los diccionarios a los calcos, si bien cabe decir que la última edición del *DRAE* recoge ya como tales algunos de los que él cita (como *acento*, *arte*, *calidad* y *carnaval*), pero también otros más (como *causa*, *conciencia*, *conclusión*, *conveniencia*, *córnea*, *esencia*, *mundo*, *pasión* y *sapiencia*).

Termina la obra con unas conclusiones en las que, principalmente, se pretende llamar la atención sobre la pervivencia del griego antiguo en las lenguas modernas. Se destaca en este proceso de helenización la presencia de préstamos directos y de calcos, pero, sobre todo, el empleo de formantes (prefijos, sufijos y elementos compositivos) que, con plena autonomía, permiten la creación constante de nuevas voces, desconocidas por el griego antiguo. Se ofrecen, por último, dos índices de palabras muy completos (uno de palabras griegas y otro de palabras latinas, españolas y de otras lenguas).

Libro bien estructurado y cuidadosamente revisado<sup>1</sup>, *Los helenismos del español*, por la novedad del asunto y la originalidad del tratamiento, viene a cubrir la laguna existente en este campo y de esta forma se convierte, sin ninguna duda, en una obra de referencia obligada para todo estudioso del ámbito de la historia del español o de la filología clásica. Debe destacarse, sobre todo, el mérito que supone la realización de un estudio tan amplio prácticamente *ex nihilo*, como señalábamos al comienzo. Por eso, han de valorarse más si cabe los notables aciertos que nos ofrece Bergua, entre los que sobresalen los apartados dedicados a la formación de palabras, a la fonotáctica o a la adaptación morfológica. Sin embargo, es casi inevitable que una obra tan novedosa y de un planteamiento tan ambicioso presente ciertas carencias. En algunos casos, la responsabilidad no recae en nuestro autor, sino en la casi total ausencia de monografías sobre determinados aspectos. Así, el tratamiento algo descuidado que reciben los bizantinismos españoles en el libro ha de achacarse ante todo a la inexistencia de trabajos al respecto.

No obstante, sí resulta llamativa la ausencia de la definición del concepto de helenismo, de tal manera que el alcance del término ha de de-

<sup>1</sup> No se trata de una afirmación gratuita, según se desprende de la ausencia casi total de erratas: »*ραψωδός*» por »*ραψωδός*» en la p. 117 —pero bien en el índice de la p. 241—, *hierofante* por *hierofanta* en la p. 149 —debería corregirse también en el índice de la p. 267— o los casos intrascendentes de *ibre* por *libre* en la p. 212 y *ha-* (sobra) al final de la p. 214.

ducirlo el lector a partir de los ejemplos usados. Se trata de una carencia notable, pues desde las primeras páginas debería quedar patente si voces no documentadas en griego, pero formadas en parte o en su totalidad por elementos de origen griego –como *neurología*, *automóvil* o *apriorístico*– se consideran helenismos y, en tal caso, en qué nivel se hallan entre sí y también con respecto a palabras tan puramente griegas como *filosofía* o *problema*. En nuestra opinión, la clasificación general de los términos de origen griego habría de realizarse sobre la base de esta diferenciación, que, como se ve, surge en gran medida de los límites con que se maneje el concepto de helenismo.

Se echa en falta, asimismo, el uso de un corpus documental de referencia. Aun admitiendo las carencias señaladas por Bergua en esta materia, creemos que el CD-ROM de la 22.<sup>a</sup> edición del *DRAE* habría sido una herramienta apropiada para fundamentar el estudio. En primer lugar, porque, pese a no facilitar siempre el étimo griego, habría proporcionado de entrada un corpus de casi 5.000 helenismos –sin contar entre ellos los términos formados con afijos y elementos compositivos griegos, también fáciles de recuperar en esta versión electrónica–. En segundo lugar, porque los sistemas de búsqueda que incluye habrían proporcionado diferentes datos que hubiesen servido para actualizar, ampliar o precisar determinados apartados. Así, a los casos ya señalados de calcos, se podría añadir la precisión de ciertos aspectos –sin duda, la pervivencia de εἶς– se observa con más nitidez en *isagoge* (gr. εἰσαγωγή) que en *episodio*–, la ampliación de otros –el uso productivo del sufijo *-terio* en el neologismo hispano *venusterio*– o la considerable actualización de algunos –frente a los 800 casos de *-ista*, los 1.700 del adjetivo *-ico* y los casi 800 de *-ismo* (tomados todos ellos de Bosque-Pérez), el *DRAE* ofrece, respectivamente, 1.083, 2.100 y 998 casos–.

Con todo, esperamos que la más que meritoria tarea emprendida por Bergua en “este trabajo pionero” (p. 10) no se pare aquí y pueda gozar de la continuidad necesaria, para que, con las ampliaciones, revisiones y correcciones precisas, podamos disfrutar de tan necesario estudio plenamente actualizado.

DIEGO VARELA VILLAFRANCA  
*Instituto de Lexicografía-Real Academia Española*